

indiferente. Para el mulato, como para Velazquez, solo estaban delante de un monarca, y este era Rubens. Y así fue en efecto: por parte de todos, la política, las atenciones y la etiqueta eran para Felipe IV, los honores todos para el gran colorista.

Tenia entonces Rubens 52 años. Su hermosa cabeza, su porte noble y distinguido, y el hábito que había adquirido en las Cortes, hacían que la magestad del ingenio se hermanara en él con los elegantes modales del caballero. Palpitaban conmovidos los corazones de los asistentes mientras el jefe de la escuela flamenca examinaba en silencio las obras del jefe de la escuela española. Al ver el cuadro que representa la túnica de José manifestó toda su admiración, y alargó afectuosamente la mano á Velazquez, que se arrojó en sus brazos.

—Este es el día mas feliz de mi vida, exclamó el pintor de Felipe IV; mi dicha y mi gloria llegarían á su colmo, continuó dirigiéndose á Rubens, si os dignáseis honrar mi taller dejando sobre uno de mis lienzos algún toque de vuestra mano como recuerdo y monumento de vuestra visita: y al decir estas palabras Velazquez señalaba con la mano sus principales cuadros, y presentaba á Rubens unos pinceles y una paleta, esperando que el grande artista arrojase sobre cualquiera de sus obras un destello del fuego que le animaba.

—Todo cuanto miro está acabado, dijo Rubens, pero os haré con mucho gusto un bocetito.

Bajóse al mismo tiempo para cojer un lienzo que estaba cara á la pared, y que creía estuviese tan solo imprimado. Dió un grito de sorpresa, porque aquel lienzo era el cuadro conocido despues con el nombre *del Entierro*. Palideció de terror el esclavo mulato al ver en tales manos aquel lienzo, que él no creía se hallase allí, y que había pintado en el secreto de su encierro. Bajó tembloroso la cabeza, aguardando no tan solo la reprension de su amo sino las burlas de sus discípulos.

—Creí al pronto, dijo Rubens examinando aquel cuadro, que esta obra era vuestra, Velazquez.

Levantó la cabeza el esclavo sin atreverse á dar crédito á sus oídos, y como sintiéndose arrobado en un sueño de oro que le trasportaba mas allá de todos sus deseos.

Ninguna mirada se fijaba en el mulato.

—Confieso, continuó Rubens, que quien ha hecho este cuadro puede conceptuarse maestro, cualquiera que sea su autor entre vuestros discípulos.

Cada una de estas palabras redoblaba las palpitaciones del corazón del pobre Juan.

—Ignoro, repuso Velazquez asombrado y examinando á su vez el lienzo, ignoro en verdad quién haya pintado este cuadro, que yo no sabía estuviese en mi taller. ¿Quién de vosotros lo ha hecho? preguntó á sus discípulos.

Nadie le había respondido cuando encontraron sus ojos al mulato Juan de Pareja, que cayó á sus pies con una indecible emoción.

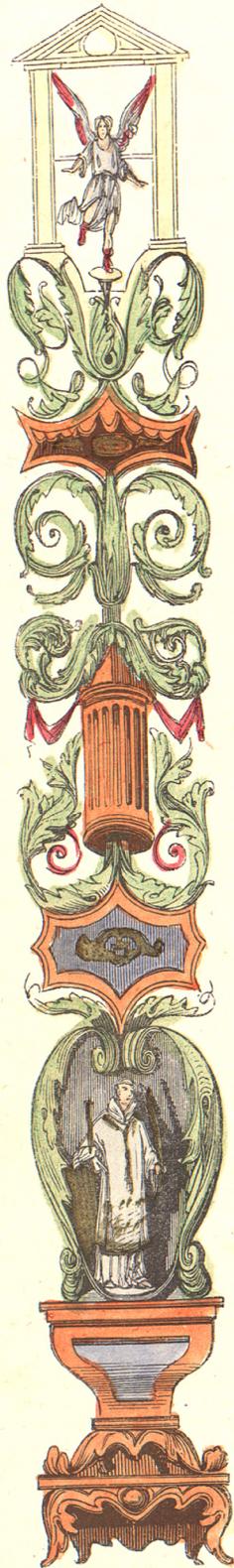
—Yo he sido, dijo. Y Van-Dick hubo de sostenerle, porque había roto en copioso llanto, y no podía articular una palabra mas. Rubens y Velazquez le alzaron del suelo y lo abrazaron. El rey Felipe IV, feliz testigo de aquella sublime escena, se acercó inmediatamente, y poniendo su mano sobre el hombro del mulato, dijo: El hombre de ingenio no puede permanecer esclavo, alza la frente, desde este momento ya eres libre; yo me encargo de entregar á tu amo 200 onzas por tu rescate.

—Y esas 200 onzas de oro, Juan, te pertenecen, añadió Velazquez; bastante ganancia he tenido al hallar en ti, no un esclavo sino un artista, un amigo.

—Nada de eso, exclamó Pareja, quiero ser siempre vuestro esclavo; y esto diciendo le ahogaban los sollozos, y abrazaba las rodillas de su amo.

Esta escena tan tierna, á la par que interesante, conmovió de tal suerte á Rubens, que con los ojos cuajados en lágrimas soltó la paleta y el tiento, dejando, según dijo, para el día siguiente la continuación del boceto; y las dos comitivas salieron del taller de Velazquez.

A la mañana siguiente Rubens volvió, según lo había ofrecido, pintó como cosa de una hora, y terminó el boceto: fue servido por Juan, vestido ya á la usanza de los hombres libres, y no se marchó sin haber abrazado al nuevo compañero, que estaba entusiasmado.



Fabulosa habria de parecernos la cantidad de cuadros que pintó Rubens durante su estancia en España, si no conociéramos lo rápido y fácil de su pincel. Desde aquel momento se aumentó el catálogo de los artistas con otro nombre mas. Pareja acompañó á Velazquez á todas partes, y fue admitido en Roma el mismo día que él en la Academia de San Lucas, que contaba entre sus individuos al Dominiquino, á Guido, Pedro de Cortona, Poussino, Sandracts, el Guercino, y otros no menos célebres.

Dejemos á estos artistas siguiendo el vuelo de su imaginacion creadora, y ocupémonos en un suceso político de no poca importancia. Tiempo tendremos de ocuparnos otra vez de estos artistas.

Desde que Felipe II habia unido á su vasta monarquia el reino de Portugal, poderoso entonces por sus colonias y comercio, nada se hizo por captar los ánimos de sus naturales; nada para inspirarles amor á sus reyes; nada en obsequio de la necesaria union Ibérica (').

Nada prueba la ignorancia en la ciencia política que tenian los españoles de aquel tiempo, como la pérdida del Portugal; y mientras se gastaban inutilmente en Flandes y en Italia hombres y dinero, se dejó perder, casi sin disparar un tiro, aquel importante reino.

De notar es el modo que empleó el Conde-Duque para dar á Felipe IV tan desagradable noticia. «Señor, le dijo, doy á V. M. la enhorabuena por haber adquirido un ducado, y grandes posesiones y rentas.—¿Como así? le preguntó el Rey.—Y el ministro prosiguió: El Duque de Braganza ha perdido la cabeza, y se ha dejado engañar por un populacho que le ha proclamado rey de Portugal; y por el hecho mismo sus bienes quedan confiscados y reunidos á la corona.»



ESPÍNOLA.



LEGANÉS.

En 1643 la España cojia los amargos frutos de la insensata administracion de aquel ministro. La táctica de este hombre era emplear en todos los destinos de importancia á hombres que no pudiesen hacerle sombra, y de aquí el malograrse todas las empresas. Si alguna vez se vió obligado á echar mano de guerreros ilustres, como Espínola y Leganés, envidioso de sus glorias, les escaseaba los medios de lucirse y aun de triunfar.

Compárense, dice un historiador moderno (2), las ventajas que hubieran resultado á España de la agregacion del Portugal, y la facilidad que tenia Felipe II para conservar dicho reino, con las resultas que ha traído el tenaz empeño de mantener los reyes de España su dominacion en los Países-Bajos y en Italia.

Y nótese bien, añade, que la union de Portugal y Castilla no era, como la de otros reinos, obra de la violencia, incapaz de subsistir por sí y de perpetuarse, sino que habia subsistido ya en otros siglos, y ofrecia vínculos naturales, duraderos, fáci-

(1) Quiero y es mi voluntad (dijo en su testamento Felipe II), que los dichos reinos de la Corona de Portugal hayan siempre de andar y anden juntos y unidos con los de la Corona de Castilla, sin que jamás se puedan dividir ni apartar los unos de los otros por ninguna cosa que sea, por ser esto lo que mas conviene para la seguridad, aumento y buen gobierno de los unos y de los otros, y para poder mejor ensanchar nuestra santa fe Católica y acudir á la defensa de la Iglesia. (Biblioteca del Instituto de Francia, manuscritos de Dionisio Godofroi, tomo II.)

(2) Martinez de la Rosa. (Bosquejo histórico de la política de España en tiempo de la dinastía austriaca; discurso leído en la Real Academia de la Historia el 22 de abril de 1855, nota pág. V, y testo pág. 18.)